Snta EULALIA
DE BARCELONA

SANTA EULALIA DE BARCELONA

Andrés Codesal

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Santa Eulalia de Barcelona nació a finales del siglo III y vivió con sus padres en un cortijo o casa de campo fuera de la ciudad de Barcelona.

En aquellos tiempos los cristianos eran terriblemente perseguidos en todo el imperio romano. El emperador Diocleciano, tremendamente sanguinario y cruel, perseguía a muerte a los cristianos y los castigaba con terribles tormentos para hacerlos renegar de su fe. Se cumplían las palabras de Jesucristo: «Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo... por eso el mundo os odia. Acordaos de lo que os he dicho: No es el siervo mayor que su amo: si me han perseguido a mí, así también os han de perseguir a vosotros».

Según las palabras de Cristo, los cristianos siempre hemos sido perseguidos: en tiempos de Santa Eulalia nos perseguían los gobiernos romanos, y ahora en nuestros tiempos nos persiguen los gobiernos ateos y anticristianos.

Ahora mismo en España, cuando tanto se predica en defensa de los derechos humanos, se persiguen y se pisotean los derechos cristianos, como la enseñanza religiosa, que se hace imposible en los colegios, mientras se burlan de nosotros y de nuestros ideales por todos los medios de comunicación, social, y principalmente por la televisión.

Los mismos grupos que por los años treinta nos fusilaban por el simple hecho de ser cristianos, son los que ahora, cambiando de táctica, nos imponen leyes como las del aborto, para que las mismas madres maten a sus hijos antes de nacer, y tratan de pervertir a niños y mayores con la televisión, burlándose de lo más sagrado y ridiculizando nuestros ideales, al tiempo que tratan de escandalizarnos a todos con la más sucia pornografía que tantos estragos está haciendo en la juventud.

Los padres de Santa Eulalia fueron dos santos mártires cristianos, San Fileto y Santa Leda, del orden senatorial de Barcelona, y todos sus afanes eran educar con esmero a su hija. Le enseñaron el santo temor de Dios y el fiel cumplimiento de la Religión de Jesucristo, así como una ardentísima devoción a la Santísima Virgen.

Su bello natural y la inclinación al bien del corazón de la niña habían de favorecer los deseos de sus progenitores, cuyo buen ejemplo y las sabias máximas que le inculcaron, basadas en el Evangelio, produjeron en ella un tierno amor a Jesucristo y un celo incansable por defender su Religión. Estaba la niña dotada de un talento muy despejado, poco común en doncellas de su edad. Sus lecturas favoritas eran el Catecismo y los Santos Evangelios, que le enseñaban sus padres, y que ella meditaba y comprendía mejor que una persona mayor.

Dios la favoreció concediéndole una elocuencia y dulzura dignas de ser admiradas, y hablaba con sus amigas como una verdadera maestra, de forma que cuantos la oían quedaban prendados de su saber y arrebatados entre las olas de su conmovedora palabra.

No le gustaba el trato con la sociedad, ni perdía el tiempo en juegos infantiles propios de su edad; vivía en casa retirada del mundo y entregada a la lectura de libros santos, y pasando largos ratos en íntima conversación con Dios. Sólo conversaba con unas amigas vecinas de su casa muy cristianas, y sólo hablaban de cosas edificantes, de vidas de santos y del heroísmo de los mártires.

Con frecuencia interrumpían sus conversaciones con cánticos sagrados y con himnos al Señor, acompañadas de algún instrumento musical, formando un coro verdaderamente angélico, por su candor infantil ajenos a toda maldad.

Sus virtudes

Amor a los pobres: Santa Eulalia tenía un inmenso deseo de servir a los pobres y necesitados, y sentía una pena profunda cuando no podía ayudarlos.

En cuanto veía algún pobre necesitado iba corriendo a decírselo a sus padres, y como ellos eran tan buenos cristianos, nunca dejaban marchar un pobre sin socorrerlo en sus necesidades.

Vida de oración: Según cuenta el historiador de la Santa, ésta pasaba cada día largos ratos dedicada a la oración, rezando y cantando himnos al Señor. De esta oración continuada sacó un ardentísimo amor de Dios y un vivísimo deseo de ir pronto a encontrarse con El en el cielo. De aquí le vino un gran deseo de poder padecer el martirio para poder pasar para siempre a estar con Dios en el cielo.

Caridad: Eulalia era sumamente afable y caritativa en el trato con todos. Sabía que Dios es el Padre de todos, y que Cristo en la cruz dio la vida por todos; por eso ella amaba a todos sin excepción, y deseaba ardentísimamente la salvación de todos, y por todos pedía a Dios en su oración.

Su conversación era dulce y edificante, y no consentía que en su presencia se hablara nunca mal de nadie, a todos los disculpaba, y cuando no podía impedir que se hablara mal de alguna persona, se disgustaba y se marchaba.

A sus amigas les decía: No debemos nunca hablar mal de nadie; recordad lo que dijo Jesucristo: «No juzguéis a los demás si no queréis ser vosotros juzgados, porque con el mismo juicio que juzgaréis a los demás, habéis de ser vosotros juzgados; y con la misma medida con que midiereis, seréis vosotros medidos» (Mt. 7, 1-2).

Santa Eulalia leía con ardor las Vidas de los Santos, y principalmente las Actas de los Mártires. Estas santas lecturas le enardecían el alma y la abrasaban en santos deseos de poder imitarlos y dar su vida por Cristo que por nosotros murió en la cruz.

De la frecuente lectura de libros santos y del trato íntimo con Dios en la oración le vino a la santa doncella un profundo deseo de servir intensamente a Jesucristo, Esposo de su alma, a quien amaba con delirio.

En uno de sus frecuentes éxtasis se le apareció un ángel y le anunció que Dios la había tomado por esposa, pero que la única dote que le daba era la cruz. Al oír de boca del ángel el favor que dios le concedía, fue tan vivo el gozo que interiormente sintió, que, postrándose en tierra, dijo mirando al cielo: «¡Señor mío Jesucristo, hacedme tan dichosa que pueda tener por lecho una cruz, y que pueda en ella extender mis brazos y quedar crucificada. Apartad de mí todos los obstáculos para que pueda yo hacer esta jornada de tal manera que nadie me impida morir por Vos!»

Eulalia tenía vocación de mártir –comenta su historiador–. Muy niña todavía ha tomado por esposo a Jesucristo y le ha ofrendado heroicamente su vida. «¡Señor, si me queréis feliz, consentid en que muera crucificada como Vos!» Y Jesús acepta su mano tímida y blanca y le ha dado una cruz en dote.

«Su devoción, comenta San Ambrosio, era mayor de lo que suponía su edad, y su virtud sobrepasaba cuanto cabía esperar de su débil naturaleza». El amor a los pobres la lleva a desprenderse de todas sus joyas para socorrerlos en sus necesidades.

El Edicto

A principios del siglo IV fue publicado el edicto de la décima persecución contra los cristianos por el emperador Diocleciano, y fue enviado a España para cumplir su ejecución el prefecto Daciano, hombre feroz y cruel, uña y carne de Galerio, del cual sabemos tan sólo atrocidades.

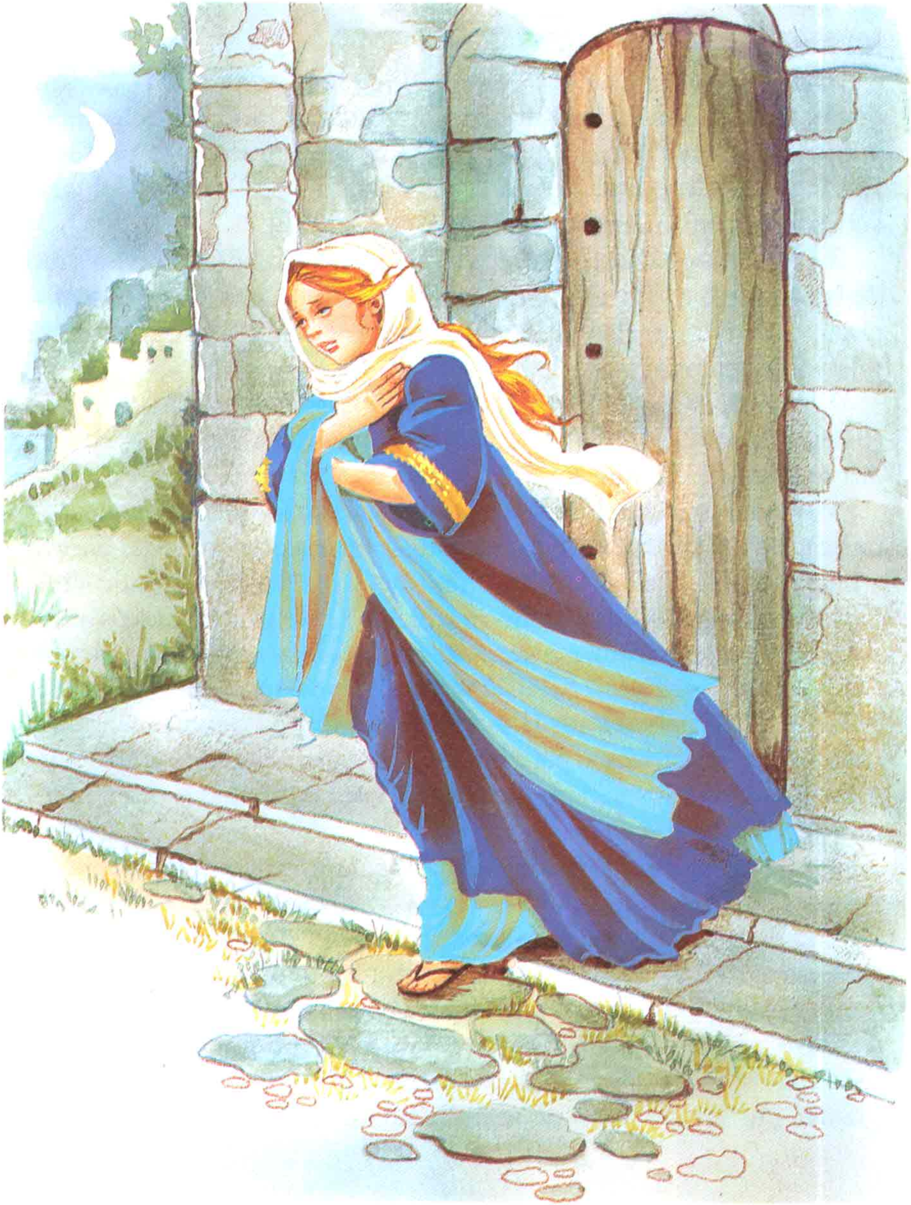
Llegó el sanguinario prefecto a España, cayendo como un rayo de tremenda tempestad sobre las diversas regiones, haciendo pregonar por todas partes el terrible edicto imperial persiguiendo la religión cristiana.

Llegado, pues, a Barcelona hizo lo mismo, mandando que todas las personas de la ciudad ofreciesen sacrificios a los dioses del Imperio. El lema era: «O sacrificar, o morir».

Para dar facilidades a las gentes pusieron ídolos por todas partes: en las plazas, en los mercados, en los cruces de las calles, y hasta en muchos comercios, tabernas y panaderías, siendo vigilados por los guardias que no permitían pasar por delante o acercarse para comprar algo o vender, sin previa ofrenda a los dioses.

Al enterarse Eulalia del Decreto y de la forma como perseguían a los cristianos en Barcelona, sintió una pena profunda y redobló sus oraciones y penitencias pidiendo a Dios fortaleza para todos los cristianos y para que ninguno por debilidad y miedo fuera a apostatar de la fe.

Al llegar hasta ella las noticias de muchos que habían muerto valientemente defendiendo la fe, su corazón rebosaba de alegría y llena de santa envidia, alababa a Dios por ello, llena de fe y de confianza de que todos los que así morían habían pasado a gozar de un estado de felicidad que supera todo conocimiento y que no acabará jamás. Al contrario: si oía que alguno por salvar la vida había apostatado, lloraba desconsolada y rogaba a Dios con lágrimas por la salvación de aquella alma.



La decisión

En aquellos días en la finca campestre de los padres de Eulalia no se hablaba de otra cosa, y temerosos de que llegara la persecución hasta ellos, rogaba a Dios les diese valor para arrostrar con valentía los sufrimientos si esa fuera la voluntad de Dios.

Eulalia sólo pensaba en la suerte de todos aquellos que después de una muerte rápida pasaban a gozar de Dios en el cielo, y tanto era lo que deseaba ira al cielo que no le importaba sufrir cualquier tormento con tal de ir pronto a estar con Dios en el cielo.

Recordaba la valentía de los siete hermanos macabeos, cuando, mientras morían entre tormentos decían al tirano: «Sepas, tirano, que es gran ventaja para nosotros perder la vida a manos de los hombres, por la firme esperanza que tenemos en Dios de que nos la devolverá haciéndonos resucitar a una vida gloriosa y eterna que nunca acabará».

Estando con estos pensamientos, una noche en la cama no pudo conciliar el sueño: ardía en deseos de encararse con el juez y decirle lo equivocado que estaba martirizando a los cristianos, que eran los mejores ciudadanos y que no tenían otro delito que el reconocer que sus dioses no eran más que pedazos de barro o de bronce, sin vida y sin poder, y que no podían ser adorados.

Decidida a poner en práctica sus pensamientos, se arroja de la cama cuando aún es de noche, y sigilosamente para no despertar a sus padres, se viste de gala y se pone sus mejores joyas, como una novia el día de su boda.

Aún es noche obscura y duermen todos en la granja. El aire es fresco como propio de un 12 de febrero. El primer canto del gallo anuncia el próximo día. Una sobra blanca avanza hasta la cerca del jardín. Se nota que camina con secreto y no quiere ser vista.

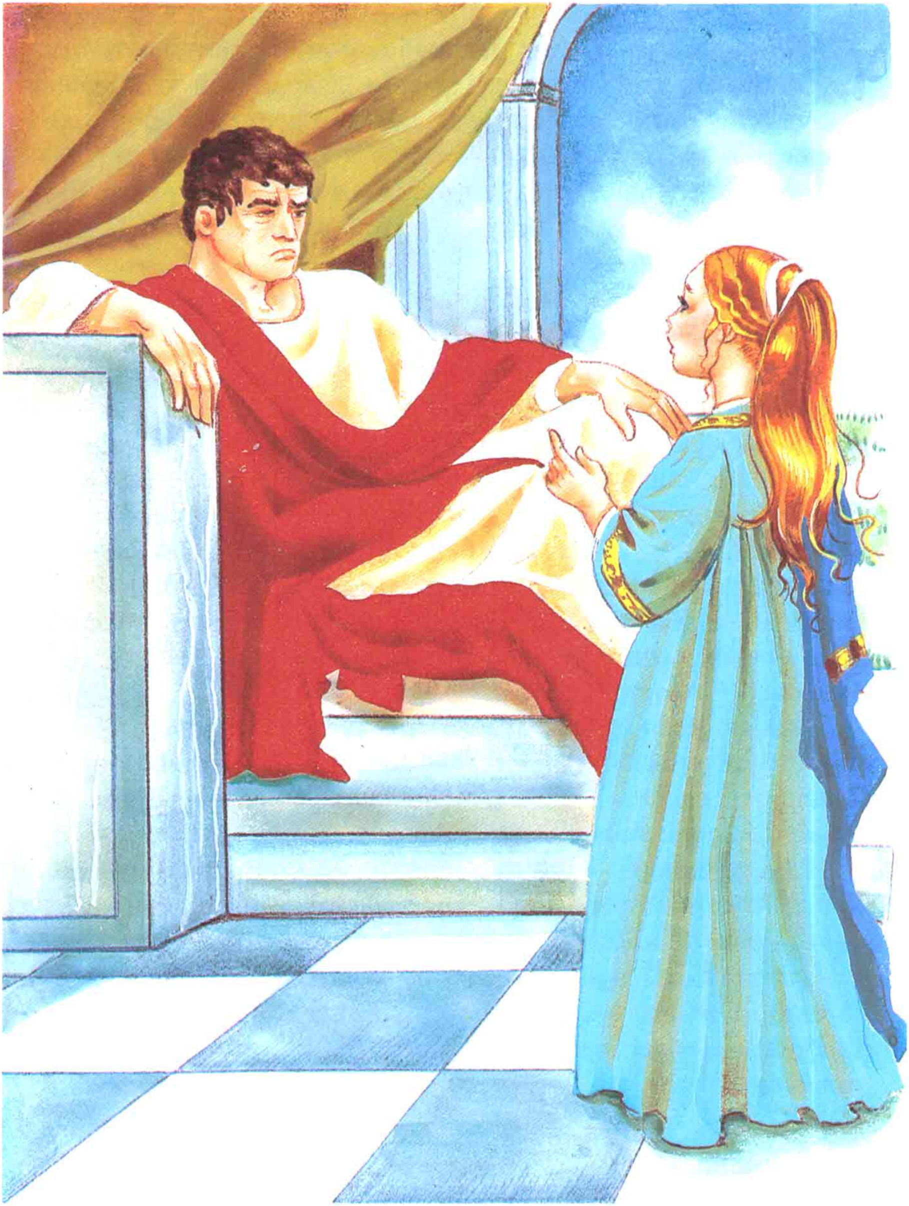
Al cerrar la verja echa una mirada hacia aquella casa donde se quedan sus padres; unas lágrimas de ternura corren por sus mejillas: piensa que probablemente no los volverá a ver hasta el cielo, y les desea la mejor suerte.

Allá va, escapada de casa, vestida con blanquísima túnica –pura como su alma–, como una soñada aparición. Velozmente atraviesa los campos, mientras su corazón generoso palpita, más de emoción que de fatiga. Las sombras de la noche van rasgándose conforme se acerca a la ciudad por la vía romana, y ya van dibujándose los contornos de las cosas con creciente claridad. Se acerca el día.

Apenas se abrían las puertas de la muralla, cuando Eulalia llega a la ciudad con los primeros rayos del sol. Siente bullicio en la plaza y allí se va. Un grupo de soldados romanos pasa por su lado pisando fuerte y levantando polvo. Cuadrillas de esclavos andrajosos acaban de situar el tribunal donde hablará Daciano a la hora de tercia. Acto seguido militares rodean el tribunal con gran aparato y ostentación de poder. Siguen luego cuadrillas de jueces, abogados, tribunos, senadores y arúspices, sentándose en banquillos. Faltan las Aguilas y la Loba –símbolos del imperio romano–, cuando un toque de clarín anuncia su llegada para que todos en pie y brazo en alto, saluden la insignia que precede al Prefecto y Gobernador Daciano.

Ante un gran gentío que se agolpa curiosamente, Daciano empieza a hablar, invocando a los dioses y publicando luego las órdenes imperiales. El odio y la rabia chispean en sus ojos encendidos. Cada vez se acalora y grita más. Parece un loco.

«Los cristianos –dice– se reproducen como hongos y mala hierva. Aquí en España son los amos de la milicia, palacio y foro. Los templos de nuestros dioses están desiertos, y nuestros sacerdotes no reciben estipendios, porque los cristianos lo invaden todo. Pero ahora vamos a saber quiénes son los cristianos porque les obligaremos a quemar incienso a los dioses, a todos y en todas partes».



Eulalia ante el tribunal

Los concurrentes aplauden a rabiar. Los cristianos, en grupos dispersos, hablan en voz baja y comentan suavemente y con tranquilidad. Ven confiadamente cómo la tempestad se le echa en cima, pero su confianza en Dios les hace superar el miedo.

De pronto, una niña, bella como doce abriles, se abre paso y salta a la escena, y levantando la mano impone silencio con arrojo e intrepidez. Sin que nadie la interrogue, increpa al Prefecto resueltamente:

¿Cómo te atreves, Daciano, a martirizar injustamente a los cristianos y a mandarles que adoren a los falsos dioses? Veinte años que llevábamos en paz, y tú quieres ser ahora el azote de la tierra hispana esgrimiendo la tea del odio y del incendio para hacer que maldigamos hasta el nombre de Roma?

«Uno solo es el verdadero Dios, omnipotente y creador de todas las cosas, al cual los mismos emperadores Diocleciano, Maximiliano, y tú, y todos los hombres deben adorar. ¿Cómo, pues, siendo tú un simple hombre no temes ofender al solo Dios omnipotente? Y ¿por qué te esfuerzas en perseguir a los cristianos para que abandonen al Dios verdadero y den culto a las falsas imágenes de los diablos, fabricadas por manos de hombres?

«Todos cuantos tormentos puedas inventar serán incapaces de conmover nuestra fortaleza, porque se halla sostenida por la gracia. Por ello, es inútil que te molestes en convencerme, pues nada será capaz de apartarme de Aquel en quien tengo puesta toda mi confianza, que es Jesucristo, Hijo de Dios vivo. El es quien me alienta y da fuerzas y valor capaz de resistir todas tus crueldades».

El silencio, la espectación y el asombro fue enorme en todos los presentes. Los cristianos la aplaudían y vitoreaban secretamente en sus corazones, mientras los idólatras paganos se consumían de rabia.

El interrogatorio

Daciano quedó un momento suspenso y admirado de cuanto le decía la niña, a la cual se quedó mirando fijamente, asombrado de que una tierna criatura como aquella pudiera hablar con tanta elocuencia. Al final la interrogó:

–¿Quien eres tú que tan temerariamente has tenido la osadía, no sólo de presentarte al tribunal del juez sin haber sido llamada, sino que, con soberbia y arrogancia, te has atrevido a pronunciar ante el mismo juez palabras tan despreciables para la majestad del Imperio y de sus ministros?

–Soy una cristiana, y no intentes saber más; vengo de parte de Dios a reprender tu crueldad.

–¿Y sabes, niña, lo que reservó a los apestosos cristianos?

–¡Ya quisieran los Emperadores tener tan fieles servidores como esos que tú llamas «peste»! Tus amenazas las desprecio. ¿Ignoras que la fuerza de un cristiano viene de Cristo, que es Dios verdadero?

–Te quitaré ese Cristo –replica orgulloso Daciano.

–Puedes bien poco para ello –contesta la niña–: con El me desposé y a El sólo cantaré.

–Te cortaré la lengua para que no le cantes más.

–Pues le miraré.

–Te sacaré los ojos para que no le mires.

–Pues le hablaré en mi corazón.

–Te arrancaré el corazón.

–¡Ah! Entonces mi alma volará a El, y abrazada eternamente a El, vivirá. Y prosiguió diciendo: «Oh Daciano, que loco estás. ¿Cómo has llegado a tanta necedad que, posponiendo al único Dios, creador de todo cuanto existe, antepongas la criatura al Creador, reverenciando a Satanás, y, no satisfecho con esto, te propasas persiguiendo a los hombres que sirven al verdadero Dios?

El martirio

Perdió Daciano la paciencia al ver la actitud enérgica de aquella doncella, a quien nada ni nadie podía apartar de su amor a Dios. Llamó entonces a los lictores y les dijo: «Atad a esa loca a una de las columnas del atrio y azotadla hasta que acepte sacrificar a los dioses». La orden fue ejecutada. Eulalia sufrió este cruelísimo tormento con la mayor resignación, y a pesar de que los inhumanos verdugos no cesaban de descargar azotes sobre sus delicadas espaldas, no exhaló ninguna queja, antes bendecía a Dios con ánimo constante y celestial alegría, diciendo: «Dios me conforta y no siento vuestros tormentos».

Daciano la increpó, diciendo: «¡Oh miserable doncella! ¿Donde está ese tu Dios tan poderoso que no viene a librarte de la pena? ¡Pobre muchacha: me das compasión. Dí que no sabías lo que hacías y que ofrecerás sacrificio a los dioses, y yo te perdonaré». A lo cual respondió Eulalia: «No me compadezcas, tirano cruel, porque yo soy feliz con la esperanza de encontrarme pronto con mi Esposo en una vida dichosa que nunca acabará».

En aquel momento, Eulalia levantó su vista al cielo y dijo esta oración: «¡Señor mío Jesucristo, óyeme a mí, tu sierva inútil, perdona mis pecados y dame fuerza para padecer por tu nombre, a fin de que sean confundidos el demonio y sus satélites!»

Y vuelta a Daciano, le dice con entereza:

–No siento vuestros tormentos porque mi Dios me conforta.

Enojado aún más el Prefecto, manda ponerla en el potro; pero la Santa no se abordaba y le planta cara al tirano recordándole el castigo eterno que Dios le dará por perseguir tan cruelmente a los cristianos.

Entonces manda Daciano que la saquen del potro y la pongan en una cruz en forma de X, y que con hachas encendidas abrasen sus virginales carnes. Eulalia sigue rezando, y –¡oh prodigio! Las llamas no la queman, y por el contrario, se vuelven contra los verdugos.

Luego la echan en un baño de cal viva para quemarle las entrañas, y la rocían con plomo derretido, pero la Santa lo soporta todo con magnífica entereza, sin hacer un gesto de dolor. Dios la asistía en medio de tantos tormentos.

Luego la fijan de nuevo a la cruz en forma de aspa, y vuelven a intentar quemarla con hachones encendidos. Ahora el Señor que la espera, acepta su muerte. Y en aquel instante que su cabeza se inclina, todos ven como sale de su boca una blanquísima paloma que vuela radiante a los cielos. Es el alma de la mártir que deja su cuerpo, blanco y desnudo, pendiente de la cruz.

Intenta el tirano que se pierda la memoria de aquella heroína, y quiere que las fieras devoren aquel cuerpo inocente, y ordena que siga colgado de la cruz, desnudo y expuesto a la vergüenza, y vigilado por los guardias para que los cristianos no puedan recoger el cadáver. ¡Vano intento! Dios dispone otra cosa para glorificar a la pequeña mártir...

Al dejarla desnuda, y para que no fuese objeto de las indignas miradas de los paganos, Dios envió una copiosa nevada, y en pocos minutos quedó cubierta con un hermoso manto de nieve tan blanca como pura su alma.

La fama de su muerte prodigiosa corrió pronto por toda la comarca, y tres días después, unos piadosos cristianos se la llevaron de noche envolviéndola en blancos lienzos y fragantes aromas, para sepultarla devotamente en un lugar distinguido, fuera de las murallas barcelonesas.

La fecha de su martirio fue el 12 de febrero del año 304. Después de varios traslados de sus restos, durante los cuales Dios obró grandes prodigios, en 1339 su cuerpo fue depositado en la cripta de la Catedral de Barcelona, guardándose sus restos en un bellísimo sepulcro de alabastro.

Santa Eulalia de Mérida

La vida de Santa Eulalia de Mérida es tan parecida a la de Barcelona, que muchos las confunden. Eran aproximadamente de la misma edad, y ambas se presentan al tirano para echarle en cara sus pecados y el mal que hacían matando a los cristianos que eran las mejores personas del mundo.

Eulalia, al verse ante el gobernador, le dijo con gran valentía, impropia de una niña de su edad:

–Decidme, malvado, ¿qué furia es la que os empuja a perseguir a los cristianos, de los que sabéis que no hacen ningún mal y sólo porque adoran al único y verdadero Dios?

Vosotros sois los que adoráis a ídolos que no son más que trozos de barro o de metal, que no tienen vida y es falso que tengan algún poder.

El Dios todo-poderoso, creador de todas las cosas, el único Dios que puede dar la muerte a la vida, es el que adoramos nosotros, y El es el que nos defiende para que no nos suceda ningún mal. Por eso no te tememos, porque aunque nos quites la vida, sabemos que El nos resucitará a otra vida mejor.

Daciano no sabía cómo reaccionar. Quiso mandar que enseguida le dieran muerte, pero le pareció mejor intentar si conseguía hacerla apostatar. Le ofreció honores, joyas y todo cuanto quisiera, con tal que reconociera a los dioses romanos. Pero ella, intrépida, le dijo:

–No pierdas el tiempo, pretor, manda que me torturen cuanto quieras, o que me quiten la vida, pues yo nunca renegaré de mi amado Jesucristo, al que amo ardientemente y con el que espero abrazarme muy pronto.

Viendo el tirano que no podía convencerla, mandó atormentarla como a la Santa de Barcelona, y sufriendo el tormento con alegría, se fue a reunir con su esposo Jesucristo, al que amaba con todo su corazón.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ISBN 84-7770-290-X
9 788477 702900